

PRECIO DE SUSCRICION.

Por un mes.....	9 rs.
Por tres id.....	24
Provincias, por un mes.....	10
Por tres id.....	27
Un número suelto <i>cuatro cuartos</i>	

PRECIO DE INSERCIÓN.

Los anuncios, desde 36 céntimos línea hasta 12 según el número de veces.
A los suscritores se les rebajará según el valor.
Toda inserción en 1.º, 2.º y 3.º página á 74 céntimos línea.

EL SEGURA.

DIARIO

DE INTERESES MATERIALES, CIENTÍFICO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE NOTICIAS.

ÚNICO PUNTO DE SUSCRICION: En la Redaccion y Administracion de este periódico, sita en la calle del Principe Alfonso, núm. 32: donde tambien se harán toda clase de reclamaciones.

MURCIA 1.º DE MAYO.

ECONOMÍA SOCIAL.

FRAGMENTOS

DE UN LIBRO PARA LA INSTRUCCION DE LA CLASE JORNALERA.

Los deberes económicos del proletario.—El trabajo y el ahorro.—Inmoralidad de las Loterías.—Peligros del juego de Bolsa.

El hombre no ha de esperar todo de la Providencia; Dios le ha dicho preceptivamente: «Ayúdate á tí mismo,» y no de otro modo que ejerciendo su actividad é ilustrando su conciencia puede llenar cumplidamente los divinos preceptos. Así, con el trabajo es el hombre el rey de la creación: sin el trabajo, degenera de súbito, sus facultades se entorpecen, oscurecese la idea de su misma personalidad y acaba por convertirse en esclavo de las pasiones impuras. Merced á él no hay empresa imposible para la voluntad: sin él hasta la palabra progreso, lazo de amor que une al cielo con la tierra, carece de sentido.

En el orden físico el trabajo consume la grande obra de la

civilización; enriquece y educa al individuo, difunde el bienestar, levanta los palacios espléndidos de la industria, enlaza á los pueblos, rompe los valladares de la naturaleza y registra los abismos del Océano. En el orden moral regenera y enaltece al hombre, señorea los malos instintos que trabaron en nuestras almas encendida refriega, nos infunde hábitos de orden y regularidad, y todo lo rinde al imperio de la razón. Así cuando el cristianismo proclamó universalmente las excelencias de la virtud, santificó el trabajo. Un publicista francés ha dicho que «el labrador encorbado sobre el surco que riega con el sudor es el tipo sensible de la bondad.» Con efecto, si la diestra segura del artista debiese trasladar al lienzo un tipo constante de apacibilidad, dulzura y resignación, el emblema, la imagen de la humana fortaleza esta sería.

Resumiendo, pues, tenemos que el trabajo es á los ojos de Dios el cumplimiento de un deber supremo; para el hombre físico un medio de satisfacer las necesidades del organismo; para el hombre moral el secreto de su regeneración; para la política la conservación del orden público; para la filosofía el de-

sarrollo de la inteligencia, y para la ciencia económica la armonía de los intereses.

Otro deber importante de las clases jornaleras es el ahorro. «Sin ahorros, ha dicho un autor, no hay acumulacion ó abundancia, y sin acumulacion ó abundancia, no hay ni puede haber vida, ni bienestar, ni adelantos individuales ó sociales.» En vano se llamará laborioso y activo el que no supo contraer á tiempo hábitos de economía, porque en los últimos años de su vida tal vez no tendrá otro recurso que envolverse en los harapos del mendigo. Ahora bien; solo el ahorro puede hacer que no se cumpla este fatídico pronóstico, y que cuando un lamentable siniestro ó el peso de la ancianidad imposibiliten al individuo para el trabajo, tenga este á mano un considerable fondo de reserva con que hacer rostro á numerosas necesidades. Si: el ahorro, con el eficaz auxilio de nuestra santa religión, la observancia de los principios morales y de las virtudes económicas, guiarán al proletario por una senda de progreso y le señalarán los confines de la tierra prometida. Benjamin Franklin, que era el mejor amigo del pueblo

porque le decía la verdad y no engañaba sus esperanzas, formuló estos inolvidables principios de economía popular: «Si queréis ser ricos, no aprendais sólo como se adquiere sino también como se ahorra. Sin laboriosidad, ni frugalidad nada se adelanta, y con ellas todo lo que se quiere.»

La historia enseña también que el hábito del ahorro refunda en beneficio de los pueblos. El historiador de los obreros, en Europa ha comparado la civilización oriental con la occidental, y la del norte con la del mediodía, deduciéndola precisamente por el dato económico del ahorro; así que, el herrero de Danemora, en Suecia y el horuego de Boskerud no hacen ninguna clase de economía comparados con el carpintero de Scheffield, el minero de la Auvernia, el albeitar del Maine y el obrero de las cercanías de París.

Pues bien; si tan fecundos son el trabajo y el ahorro para mejorar la condición del pobre, dicho se está que deben cultivarse con ahinco y al Gobierno incumbe favorecerlos por todos los medios posibles. Por desgracia, muy poco se acuerdan todavía de estas verdades los que debieran

—249—

en esta edad en que se pretende ser joven tocando ya el umbral de la vejez, en esa edad en que el espejo que no adula incomoda, pretendiendo empero cubrir las macas del vacilante edificio, y donde tras los limpios papeles se quiere ocultar el mármol bello de mejores tiempos.

La señora de Moncayo, á pesar de sus nervios y sus jaquecas, á pesar del flato que la invade, tiene el gran valor de ser joven, de ser coqueta y de tener amores platónicos.

Tres cualidades que la hacen pasar muy buenos ratos y que la hacen feliz.

La ilusión en la muger es una medicina.

La muger que vive de ilusiones es dichosa.

La señora de Moncayo es una jamona de *primacantelo*, onvuelta en sus rizos postizos, en su dentadura de la misma procedencia, velada por los maravillosos productos de casa de Fortis, parapetadas en sus cincuenta inviernos, que la hacen doblemente mas astuta que en su juventud, procura vivir en la sociedad bullicio-

—245—

mi posición no deja de ser una gran calaverada.

—Hablemos de otra cosa—objetó Cueva-honda desentendiéndose de las palabras de Manuel.

—Habla.

—[Me incomoda tanto ocuparme de negocios!—esclamó D. Andrés aparentando disgusto—que cuando es preciso no sé como empezar.

—Espílicate.

—Es el caso—continuó Cueva-honda—que recordaras que hace tiempo venció aquel pagaré que me firmastes.

—Si—contestó Manuel palideciendo.

—Pues el maldito usurero que lo tenía me estaba apurando de manera que no podía evitar un escándalo.

—¿Y por qué?

—Despacio, yo convencido que ese juicio no tenía consideraciones con nadie, le he pagado, buscando el dinero por otra parte.

—[Ah] respíro.

—No es eso todo, el que hoy lo tiene

VIII.

LA SEÑORA DE MONCAYO.

Aquella noche, según ofreció D. Andrés, Manuel fué presentado á la sociedad de su amiga.

Dirijámonos á su modesta casa, situada en la calle de Valverde.

La señora de Moncayo es una muger que representa unos 45 á 50 años: está